

AUTOPSIA

DEL CADAVER DEL EXCMO. SEÑOR

LIBERTADOR GENERAL

SIMON BOLIVAR

El 17 de diciembre de 1830, a las cuatro de la tarde, en presencia de los Sres. generales beneméritos Mariano Montilla y José Laurencio Silva, habiéndose hecho la inspección del cadáver en una de las salas de la habitación de San Pedro, en donde falleció S. E. el General Bolívar, ofreció las características siguientes:

1º. HABITUD DEL CUERPO.—Cadáver a los dos tercios de marasmo, descolorimiento universal, tumefacción en la región del sacro, músculos muy poco descoloridos, consistencia natural.

2º. CABEZA.—Los vasos de la arachnoides en su mitad posterior ligeramente inyectados, las desigualdades y circunvoluciones del cerebro recubiertas por una materia pardusca de consistencia y transparencia gelatinosa, un poco de serosidad semiroja bajo la dura-máter; el resto del cerebro y cerebelo no ofrecieron en su sustancia ningún signo patológico.

3º. PECHO.—De los dos lados posterior y superior

estaban adheridas las pleuras costales por producciones semimebranosas; endurecimiento en los dos tercios superiores de cada pulmón; el derecho casi desorganizado presentó un manantial abierto de color de las heces del vino, jaspeado de algunos tubérculos de diferentes tamaños no muy blandos; el izquierdo, aunque menos desorganizado, ofreció la misma afección tuberculosa, y dividiéndolo con el escalpelo, se descubrió una concreción calcárea irregularmente angulosa de tamaño de una pequeña avellana(1). Abierto el resto de los pulmones con el instrumento, derramó un moco pardusco que por la presión se hizo espumoso. El corazón no ofreció nada particular, aunque bañado en un líquido ligeramente verdoso contenido en el pericardio.

4º. ABDOMEN.—El estómago, dilatado por un licor amarillento de que estaban fuertemente impregnadas sus paredes, no presentó sin embargo ninguna lesión ni flogosis; los intestinos delgados estaban ligeramente meteorizados; la vejiga, enteramente vacía y pegada bajo el pubis, no ofreció ningún carácter patológico. El hígado, de un volumen considerable, estaba un poco escoriado en su superficie convexa; la vejiga de la hiel muy extendida; las glándulas mesentéricas obstruidas; el bazo y los riñones en buen estado. Las vísceras del abdomen en general no sufrían lesiones graves.

Según este examen, es fácil reconocer que la enfermedad de que ha muerto S. E. el Libertador era en su principio un catarro pulmonar, que habiendo sido descuidado pasó al estado crónico, y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa. Fué pues esta afección morbífica la

(1) La cual existe en poder del médico de cabecera.

que condujo al sepulcro al General Bolívar, pues no deben considerarse sino como causas secundarias las diferentes complicaciones que sobrevinieron en los últimos días de su enfermedad, tales como la arachnoides y la neurosis de la digestión, cuyo signo principal era un hipo casi continuo; y ¿quién no sabe por otra parte que casi siempre se encuentra alguna irritación local extraña al pecho en las tisis con degeneración del parenchima pulmonar? Si se atiende a la rapidez de la enfermedad en su marcha, y a los signos patológicos observados sobre el órgano de la respiración, naturalmente es de creerse que causas particulares influyeron en los progresos de esta afección. No hay duda que agentes físicos ocasionaron primitivamente el catarro del pulmón, tanto mas cuanto que la constitución individual favorecía el desarrollo de esta enfermedad, que la falta de cuidado hizo mas grave; que el viaje por mar que emprendió el Libertador con el fin de mejorar su salud, le condujo al contrario a un estado de consunción deplorable, no se puede contestar; pero también debe confesarse que afecciones morales vivas y punzantes como debían ser las que afligían continuamente el alma del General, contribuyeron poderosamente a imprimir en la enfermedad un carácter de rapidez y en su desarrollo, y de gravedad en las complicaciones, que hicieron infructuosos los socorros del arte.

Debe observarse en favor de esta serción, que el Libertador, cuando el mal estaba en su principio, se mostró muy indiferente a su estado, y se denegó a admitir los cuidados de un médico; S. E. mismo lo ha confesado; era cabalmente en el tiempo en que sus enemigos le hartaban de disgustos, y en el que estaba mas expuesto a los ultrajes de aquellos que sus beneficios habían hecho ingratos. Cuando S. E. llegó a Santa Marta, bajo auspicios mucho mas favorables, con la esperanza de un porvenir mas di-

choso para la patria, de quien veía brillantes defensores entre los que le rodeaban, la naturaleza conservadora retornó sus derechos; entonces pidió con ansia los socorros de la medicina. Pero ¡ah! Ya no era tiempo! El sepulcro estaba abierto aguardando la ilustre víctima, y hubiera sido necesario hacer un milagro para impedirle descender a él.—San Pedro, diciembre 17 de 1830, a las ocho de la noche.—ALEJANDRO PROSPERO REVEREND.

Es copia: J. A. Cepeda, secretario.

Es copia: Cartagena, enero 12 de 1831.

Calcaño, secretario.

—o—

Acabada la autopsia del cadáver, que fué trasladado sobre la marcha de la quinta de San Pedro a la casa que primero habitó el General Bolívar en Santa Marta, fué menester proceder a su embalsamamiento. Por desgracia estaba enfermo el único boticario que había en la ciudad. Muy escasas fueron si no faltaron, las preparaciones que se usan en semejante caso hallándome solo para practicar esa operación. Se me hizo muy laboriosa la tarea, máxime cuando se me había limitado un corto tiempo, y que este trabajo se hacía de noche. Así es que no se concluyó sino cuando era ya de día. Yo iba a retirarme para descansar de tantas fatigas y desvelos, cuando el señor Manuel Ujueta, a la sazón jefe político, me hizo presente que nadie en la casa era capaz para vestir el cadáver, y a fuerza de empeños me comprometió a desempeñar esta última y triste función. Entre las diferentes piezas del vestido que trajeron se me presentó una camisa que yo iba a poner,

cuando advertí que estaba rota. No pude contener mi despecho, y tirando de la camisa, exclamé: “Bolívar, aun-
cadáver, no viste ropa rasgada; si no hay otra, voy a man-
dar por una de las mías.” Entonces fué cuando me traje-
ron una camisa del General Laurencio Silva que vivía en
la misma casa. En primer lugar esta penuria puede sor-
prender y molestar a la vez a los que simpatizan con el
Héroe Colombiano; pero impresión tan penosa se desvane-
ce muy pronto, cuando se considera que esta misma esca-
sez hasta en sus recursos pecuniarios era el resultado de
los innumerables sacrificios que nunca excusó el Liberta-
dor para dar patria a unas cuantas nacionalidades de Sur
América, y sirve mas bien para glorificar y popularizar el
nombre de Bolívar. (1).

Sin embargo le acusaron sus enemigos de aspiraciones
a ser el tirano de sus conciudadanos. Entre los papeles
que por disposición testamentaria mandó el Libertador se
quemaran me fué enseñado uno, el único que el señor Pa-
vageau apartó para sí, y era un acta o representación de
varios sujetos, cuya firma recuerdo muy bien y tal vez co-
nocida por los contemporáneos de la época si estuvieran
vivos, en la cual proponían al Libertador que se corona-
se. Bolívar rechazó la tal proposición en estos términos:
“Aceptar una corona, sería ensanchar mi gloria; mas bien
prefiero el precioso título de primer ciudadano de Colom-
bia”. Estas palabras afirmo como hombre de honor ha-
berlas visto estampadas en este documento, que no se pu-
blicó para cumplir con las órdenes del Libertador, y
también por no comprometer las firmas de los autores de
la proposición.

(1) Véase al fin la carta que el Libertador dirigió a D.
Gabriel Camacho.